



La experiencia mística en la Sagrada Escritura*

EDITH GONZÁLEZ BERNAL**

RECIBIDO: 21-05-15 - APROBADO: 06-07-16

RESUMEN: La Sagrada Escritura testimonia la experiencia genuina y gratuita de Dios en la vida de hombres y mujeres. Los dos testamentos hablan de una acción que como fuerza irresistible abarca la totalidad del ser humano, seduce, toma posesión y empodera, para comunicarla y contagiarla. Así, la experiencia mística en el contexto bíblico se presenta como un proceso interior, espiritual, generado por un encuentro que engendra un sublime conocimiento y tiene una intensa repercusión afectiva.

PALABRAS CLAVE: Experiencia, mística, revelación, misterio, mística bíblica.

PARA CITAR ESTE ARTÍCULO:

González Bernal, Edith. “La experiencia mística en la Sagrada Escritura.” *Theologica Xaveriana* 180 (2015): 353-380. <http://dx.doi.org/10.11144/javeriana.tx65-180.emse>

The Mystical Experience in the Holy Scripture

ABSTRACT: The Holy Scripture testifies the genuine and gratuitous experience of God in the life of men and women. Both Testaments speak of an action that, as an irresistible force, embraces all the human being. In fact, this action seduces, takes possession and empowers to communicate it and pass it on. Thus, the mystical experience in the biblical context is shown as an inner and spiritual process that is originated on an encounter that creates a sublime knowledge and has an intense affective repercussion.

KEY WORDS: Experience, Mystic, Revelation, Mystery, Biblical mystery.

A experiência mística na Sagrada Escritura

RESUMO: A Sagrada Escritura testifica a experiência genuína e espontânea de Deus na vida de homens e mulheres. Os dois testamentos falam de uma ação que, como força irresistível, abrange a totalidade do ser humano, seduz, toma posse e fortalece para comunicá-la e influenciá-la. Assim a experiência mística no contexto bíblico se apresenta como um processo interior, espiritual, gerado por um encontro que produz um sublime conhecimento e tem uma intensa repercussão afetiva.

PALAVRAS CHAVE: Experiência, mística, revelação, mistério, mística bíblica.

* Artículo de reflexión. Se enmarca en la investigación doctoral en Teología desarrollada por la autora bajo el título de “Mística femenina medieval. El lenguaje teológico de ayer y de hoy”.

** Doctora en Teología, Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá); Magistra y Doctora en Ciencias de la Educación, Universidad Pedagógica Tecnológica de Colombia. Docente de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana. Correo electrónico: edith.gonzalez@javeriana.edu.co

Introducción

La mística cristiano-católica es una experiencia que tiene sus raíces en la Biblia y se refiere a la vida de varones y mujeres que narraron la manera como Dios se hizo presente en su existencia cotidiana y los llevó a reconocerlo con varios nombres.

Así como en la Biblia encontramos personas que narran la experiencia de encuentro con Dios, en la historia de la Iglesia también encontramos experiencias místicas muy variadas de unión con Dios y con Cristo. Son experiencias que revelan a un Dios que habla con el ser humano según concepciones teológicas y filosóficas en épocas y contextos determinados, que están directamente relacionadas con las biografías de personajes bíblicos, y que se constituyen en la fuente de la cual bebemos lo que compartimos la fe en el señor Jesús.

La reflexión que presentamos aquí consiste en un acercamiento a la experiencia mística que revela la Biblia, tanto el primer Testamento como el Nuevo, por medio de sus protagonistas. Cabe aclarar que lo que aquí se presenta no es una exégesis a los textos bíblicos, sino una modesta aproximación sobre la experiencia de personas consagradas a Dios, varones y mujeres que han tenido un encuentro personal con él. Se trata de interpretar, con su vida, la Palabra que revela el misterio, lo que los movió a creer y a sentirse portadores de un mensaje.

Ante todo, quisiéramos señalar que entendemos por experiencia mística cristiana la apertura al misterio que revela la Sagrada Escritura como la unión de lo divino con lo humano. Esta acción significa conocimiento del amor de Dios, que se da mediante una donación espontánea en el interior del ser humano: porque “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos fue dado” (Rm 5,5). Tal experiencia se expresa en un sentir pleno, de paz y libertad, fruto de una relación amorosa con el misterio.

Es una expresión que lleva al abandono total a Dios, sin más preguntas, porque es reconocimiento de la trascendencia absoluta de Dios y de la entrega libre y amorosa a él; reconocimiento de lo que es inseparable con el misterio presente en lo más profundo del ser humano y experiencia unitiva con Dios.

En este sentido, la experiencia mística que encontramos en los dos testamentos es una experiencia de relación y de amistad de Dios con el ser humano. Así lo podemos constatar en Abrahán, Moisés, los profetas y salmistas, las mujeres, Jesús y Pablo.

A continuación presentamos una aproximación de orden interpretativo sobre lo que consideramos es una experiencia que puede denominarse mística en algunos personajes de la Sagrada Escritura. Enseguida proponemos la actualización de ese lenguaje religioso, con el ánimo de *hacer más inteligible y significativo para hoy el lenguaje* ya constituido de la revelación en un camino inacabado, hacia una verdad más plena.

Hacemos un acercamiento, en primer lugar, al Antiguo Testamento, y en segundo lugar, al Nuevo Testamento, para finalizar con unas conclusiones parciales.

La experiencia mística en el Antiguo Testamento

En la Sagrada Escritura encontramos un gran relato de la experiencia mística del encuentro de un pueblo con un Dios que rescata, libera y salva. Esta es una experiencia de Dios en la historia de un pueblo que interpreta sus propios recuerdos, tradiciones e historias como un encuentro en el que Dios toma la iniciativa e irrumpe en sus vidas, haciéndoles un llamado al compromiso y estableciendo un pacto con él.

Muestra de ello son las vidas de Abrahám, Moisés, los profetas y salmistas en el Antiguo Testamento, pues dan a conocer un encuentro con Dios que cambió el curso de sus vidas, experiencia caracterizada por ser una fuerza irresistible que los sedujo y los llevó a emprender un camino y a proclamar la Palabra como anuncio, denuncia, bondad, dulzura y anhelos de encuentro con Dios. Como señala G. Von Rad, más que en el discurso dialéctico, el antiguo Israel revela su experiencia mística en el lenguaje poético y narrativo: “Israel tiene más pericia en la alabanza y la glorificación de Dios que en la reflexión teológica.”¹

Todo el Antiguo Testamento revela un aspecto profundamente humano; algunos autores así lo señalan²; Dios es amigo, conoce la condición humana, se apoya en personas que toman un liderazgo y deciden cambiar la vida en un nuevo paradigma de existencia. No se trata solo de referir eventos religiosos, sino de implicar al lector en un relato en el que una experiencia mística transforma el destino de una persona y de un pueblo.

Todos los personajes del antiguo Israel dieron a conocer su experiencia de Dios por medio de su mensaje y de sus acciones. En muchas ocasiones se vieron llenos de dudas, certezas y generosidades que revelan la condición humana en la que Dios acontece.

Abrahán es el prototipo del ser humano en un encuentro personal con Dios, quien le habla y le exige un cambio radical en su vida; le promete bendiciones en el

¹ Von Rad, *Teología del Antiguo Testamento* I, 168.

² [El Antiguo Testamento] “Es palabra de Dios, pero está escrito por hombres y cuenta la vida de personas concretas con sus virtudes y defectos. El AT no se avergüenza de presentar los hechos tal como sucedieron, aunque sean desagradables y crueles.” (Sicre, *Introducción al Antiguo Testamento*, 34). En este mismo sentido, al referirse a la experiencia de Dios, Metz afirma: “La experiencia de Dios inspirada bíblicamente no es una mística de ojos cerrados, sino una mística de ojos abiertos; no es una percepción relacionada únicamente con uno mismo sin una percepción intensificada del sufrimiento ajeno.” (Metz, *El clamor de la tierra*, 26).

orden de descendencia y de posesión de tierras por su obediencia (Gn 12,1-3). Abrahán obedece, lo que significa una acción confiada en la Palabra de quien le habla y le ordena.³ Esta es una experiencia basada en un diálogo permanente con Dios y un desarraigo de la vida. Dios le hace un llamado personal que trasciende a la vida comunitaria de Abrahán, es decir, afecta su núcleo familiar en tanto que su experiencia es de un camino de obediencia y de escucha atenta a la voluntad de su Dios.

Esta es una experiencia en la que hay que al dejarlo todo, para obtener un favorecimiento mayor, pues todo va a ser recibido de Dios, él va a engendrar vida y por él serán bendecidos todos los linajes de la tierra. Abrahán será reconocido, su nombre será engrandecido, y él se convertirá en el padre de la fe, no solo por su desarraigo y vaciamiento, sino porque compromete su libertad en un ámbito personal y comunitario.

Su misticismo tiene una connotación visionaria; cuando Abrahán se siente sin descendencia habla con Dios y le expone su preocupación. Entonces Dios le dice “Mira al cielo y cuenta las estrellas, si puedes. Después le dijo: Así será tu descendencia” (Gn 15,5). Abrahán cree y de pronto cayó sobre él un sopor y le invadió un gran sobresalto:

Puesto ya el sol, surgió en medio de densas tinieblas un horno humeante y una antorcha de fuego que pasó por entre aquellos animales partidos. Aquél día hizo Yahveh una alianza con Abrán en estos términos. Voy a dar a tu descendencia esta tierra, desde el río de Egipto hasta el Río Grande, el río Éufrates. (Gn 15,17-18).

Esta es la experiencia del pacto, en el que Dios garantiza que a través de Abrahán bendice a la humanidad y rompe la cadena de dispersión iniciada en la torre de Babel. Así, la humanidad es bendecida por medio de Abrahán, y se forja la esperanza en la figura de él, pues su bendición es universal. En otras palabras, “el patriarca adquiere el rango de paradigma para cuantos se les hace difícil creer en circunstancias adversas”.⁴

En el libro del Génesis aparece una secuencia de alianzas entre Dios y la humanidad. Son alianzas que el ser humano experimenta en las visiones y comprometen la libertad personal y comunitaria (Gn 12,1). Son experiencias unitivas que revelan lo que Dios quiere respecto de su voluntad. Abrahán comprende el querer de Dios

³ Neher, *La esencia del profetismo*, 161. Neher dice: “La realización de la revelación hecha a Abraham depende de la fe de Abraham, y luego de la maduración de la obra llevada a cabo por Dios. Pero la realización de la revelación hecha a Moisés depende conjuntamente de la fe de Moisés y de la del pueblo.”

⁴ Aparicio Rodríguez, *Galería bíblica de ancianos*, 9.

en el gesto del pacto y se pone en camino. Esto revela que toda experiencia de Dios necesariamente invita a una acción confiada en “aquel” que le habla y le exige un cambio de vida.

Jacob, nieto de Abrahán, continúa la experiencia de su abuelo (Gn 28,10-19). De hecho, igual que él, en su continuo trasegar por la tierra prometida, de repente descubre en un sueño que la vocación de sus antepasados constituye una auténtica escalera que enlaza sus utopías más humanas con sus esperanzas más divinas, una escalera que une la tierra de sus sueños con los cielos inaccesibles. Allí erige una estela conmemorativa sobre el mismo suelo que le sirvió de lecho y allí renueva la promesa con la que sus antepasados sellaron un pacto de fe con Dios. El relato se mueve, entonces, entre la promesa y su cumplimiento, la memoria de la alianza y su renovación en nuevos términos.

Moisés es otro protagonista de una experiencia mística, acción fascinante sobrecogedora e inexplicable: “Se le apareció el ángel de Yahveh en una llama de fuego, en medio de una zarza. Moisés vio que la zarza ardía pero no se consumía [...]. Ponte en camino: yo te envío al faraón, para que saques a mi pueblo, los israelitas, de Egipto” (Ex 3, 2—4,10).

Todo el texto de la visión de la zarza está lleno de imágenes que evocan el misterio insondable de Dios, quien llama por su nombre, ve la aflicción de su pueblo, escucha la suplicas de las personas y decide intervenir por medio del ser humano. Moisés asume un carácter corporativo, que representa lo universal del ser humano, por las penurias de un grupo: necesidad de cambio de vida, que se traduce en liberación y esperanza. Moisés es también el puente para la revelación del nombre de Dios, del tetragrama divino (Ex 3,10):

...en Moisés se desvela el ser divino. El nombre de Dios pertenece desde este preciso momento al nombre de Moisés [...]. YHWH, el existente, es el nombre pedido por Moisés. Descubrirá la presencia de YHWH aquel que sepa identificar su actuación en la historia.⁵

La experiencia mística constituye un diálogo permanente con Dios y un desarraigo de la vida: por ejemplo, los casos de Abraham, quien se pone en camino y deja a su familia (Gn 12,1), y de Moisés, quien también se pone en camino para sacar al pueblo de Egipto (Ex 3,10), son dos experiencias que—como hemos señalado—comprometen la libertad del ser humano, y este comprende que su experiencia tiene

⁵ Ibid., 44-45.

implicaciones de orden comunitario. Son experiencias que evocan pactos que sellan una alianza:

La alianza es una obligación que se convierte en un principio ético que orienta la relación con el hermano y la propia vida, ella concreta y realiza los principios fundamentales de la defensa de la vida en términos de dignidad, justicia y equidad.⁶

Abundan los textos veterotestamentarios en los cuales los personajes bíblicos dan a conocer una experiencia de Dios que bien pudo haber tenido lugar por medio de sueños, visiones y éxtasis. “El misterio le fue revelado a Daniel en una visión nocturna” (Dn 2,19). Son sucesos en las cuales, mediante sueños, Dios revela predicciones sobre el futuro, verdades no conocidas y advertencias de cambio. “Esto me hizo ver el Señor Yahveh” (Am 7,1). “Yo vi a vuestros antepasados” (Os 9,10). “Visión que tuvo Isaías, hijo de Amós” (Is 1,1).

Son relatos que provienen de personas consideradas videntes, que pueden ver lo que otros no ven. Son textos con afirmaciones contundentes, porque “aquello” que se ve y se narra es de origen divino; es Yahveh quien habla, y lo hace de manera individual y con autoridad. Lo importante de estas visiones es el mensaje teológico que proviene de ellas; uno que deja en segundo lugar el acontecimiento visionario y se convierte en punto de referencia para la vida cotidiana.

También la experiencia mística revela estados personales que pueden llamarse de éxtasis en los que la persona ve imágenes que producen temor y respeto, pero a la vez admiración: “Yo miré: un viento huracanado venía del norte; y vi una gran nube con fuego fulgurante y resplandeciente a su alrededor, y, en su interior, como el destello de un relámpago en medio del fuego” (Ez 1,4).

Estos son estados en los que las personas aparecen bajo la mano de Yahveh y son transportadas de manera inexplicable hacia un encuentro con lo divino: “Se me partió el corazón por dentro, estremecieronse todos mis huesos, me quedé como un borracho, como aquel a quien le domina el vino, por causa de Yahveh” (Jr 23,9). Se trata de experiencias que cada ser humano padece de manera personal y las describe a partir de su estado de ánimo. Por lo general, en el fondo de estas experiencias está el afecto y la amistad con Dios.

Son experiencias que el ser humano describe llenas de afecto, porque Dios se revela en palabras y acciones mediante un diálogo tierno y fecundo:

⁶Torres Muñoz, “La ‘alianza’ como elemento articulador de la propuesta ética de la religión del antiguo Israel”, 43-63.

Señor, tú me has examinado y me conoces, tú conoces todas mis acciones. (Sal 138,1).

Mi amado me dijo: levántate amor mío, anda cariño y vámonos. (Ct 2,10).

Me sedujiste Señor, y me dejé seducir, me forzaste y me venciste. (Jr 20,7).

Si subo hasta el cielo, allí estás tú, si me acuesto en el Seol, allí estás. (Sal 139,8).

Aquí se revela una experiencia de que todo el universo está impregnado de Dios: nada queda ajeno al margen de su acción, ni al margen de la respuesta que la persona da. *La experiencia se funda en la permeabilidad afectiva para entablar una relación de amor con Dios.* Así bien lo expresa el Cantar de los Cantares, en una poesía de amor divinizado que es fuente de inspiración de los místicos. Todo el texto es un diálogo expresado en bellas palabras entre enamorados: “Anímate amor mío, hermosa mía y ven” (Ct 2,13). “Oh ven amado mío, salgamos al campo, pasemos la noche en las aldeas” (Ct 7,12). Es una experiencia cumbre de afecto, de inspiración, donde no hay mediación alguna, sino plenitud que se da de manera libre y gratuita.

También encontramos *experiencias fuertes de lucha, de padecimiento cuerpo a cuerpo*: “Luchó con el ángel y le pudo, lloró y le suplicó” (Os 12,5); *experiencias de encuentro amistoso*: “Yahveh hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre a su amigo” (Ex 33,11); *experiencias que dan nombres para referirse a ‘aquel’ con quien se ha tenido el encuentro*: Elohíim fuerza-capacidad-poder, justicia (Ex 12,12), el Santo (Is 5,16), el Viviente (Jr 10,10), el Dios de las alturas (Mi 6,6), el Dios de alabanza (Sal 109,1), el Dios de fortaleza (Sal 43,2), el Creador: (Qo 12,1), el Rey (Is 6,5), el Mesías, el Príncipe (Dn 9,25); la Palabra que crea: “Dijo Dios: haya luz y hubo luz” (Gn 1,3); la Palabra que ordena: “Vete de tu tierra y de tu patria y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré” (Gn 21,1); la Palabra que se revela: “Dijo Dios a Moisés: ‘Yo soy el que soy’, y añadió: ‘Esto dirás a los israelitas: Yo soy me ha enviado a vosotros’” (Ex 3,14), y muchos otros nombres que abundan en el Antiguo Testamento, *en los que directa o indirectamente se narra la presencia de Dios.*

La experiencia mística de los profetas

Los profetas narran lo que escucharon, vieron y sintieron. Ellos se presentan como *portadores de un mensaje divino*: “Así dice el Señor”, “esto me hizo ver el Señor”, “oráculo del Señor”. En repetidas ocasiones encontramos la expresión la Palabra de Dios me fue dirigida, *lo que indica que solo ellos hablaron por la experiencia de la palabra que llegó a sus bocas:*

Yahveh me dirigió su Palabra en estos términos, vuelve tu rostro hacia el mediodía y que tus palabras fluyan hacia el sur y profetiza. (Ez 21,1).

Me dirigió Yahveh la palabra en estos términos ¿qué estás viendo? (Jr1,11).

Yahveh me ha enviado para ungirte rey de su pueblo, escucha pues las palabras de Yahveh. (1S 15,1).

El espíritu me acompaña por cuanto me ha ungido Yahveh y me ha enviado a anunciar la buena nueva a los pobres. (Is 61,1).

Yahveh le dirigió la palabra y le dijo: “¿Qué haces aquí Elías?” Él respondió: “Ardo en celo por Yahveh Dios Sebaot, porque los israelitas han abandonado tu alianza, han derribado tus altares y han pasado a espada a tus profetas.” (1R 19,9-10).

Los profetas vivieron su existencia como una aventura apasionante con Dios, en lo más profundo de su ser, y comunicaron su experiencia con autoridad y vigor, belleza, fecundidad y naturalidad. La lógica que animó sus vidas se derivó de un amor con Dios, de haberse sentido habitado por su presencia. Es la lógica de la intuición de que algo nuevo estaba aconteciendo en ellos, en la historia y en su pueblo. Comprendieron que eran ellos quienes debían comprometerse con su entorno, pues la experiencia de ser portadores de un mensaje no les facultaba para quedarse callados.

Así, los profetas dieron a conocer la experiencia de Dios mediante verbos de acción: *ver, oír, hablar, tocar*. Isaías lo expresa de la siguiente manera:

El año de la muerte del rey Osías *vi* al Señor sentado en un trono excelso y elevado y su haldas llenaban el templo. (Is 6,1).

...entonces voló hacia mi uno de los serafines con una brasa en la mano, que con las tenazas había tomado sobre el altar y *tocó* mi boca *diciendo*: “Como esto ha tocado sus labios, se ha retirado su culpa y tu pecado está expiado.” (Is 6,7).

...y *escuché* la voz del Señor que *decía*: “¿A quién enviaré? ¿Quién irá de nuestra parte? Yo mismo, envíame, respondió: *Vé y dile* a ese pueblo.” (Is 6,8).

De esta manera, la experiencia de Dios toca los sentidos, la corporalidad, las pasiones humanas, y lleva a una actitud vigilante, a una acción y a un compromiso en la erradicación del pecado, y a la obediencia como respuesta gratuita de entrega y disponibilidad. Así, toda experiencia de Dios comunica una relación o un vínculo que se establece entre el ser humano y Dios.

En los profetas se destaca la existencia del vínculo entre Dios y el profeta.⁷ Es el misterio que habla, para llamar y para pedir confianza en la promesa: “He visto la aflicción de mi pueblo, he escuchado el clamor ante sus opresores y conozco sus sufrimientos, he bajado para liberarlos” (Ex 3,7-8).

El profeta da a conocer a un Dios de las víctimas, del que sufre, del que no tiene vindicador, del que necesita la liberación. Los profetas revelan una experiencia mística de encuentro con Dios: *un encuentro que los llenó de poder para transmitir un mensaje divino. Y a partir del encuentro comprenden lo intolerable que es la opresión humana ante la justicia divina de Dios.* Así descubren la proximidad de Dios al hombre, en el sentido de que es una misión y un deber. “Ve y dile a mi pueblo” (Ex 14,15).

Los profetas presentan una reflexión de su experiencia basada en un lenguaje positivo (si se quiere llamar teología positiva o catafática⁸) en la que Dios es palabra, es la fuente, el principio, lo bueno y lo bello de toda existencia: “En el corazón del verdadero profetismo está la seducción de la presencia misteriosa de Dios.”⁹ La experiencia de los profetas tiene un carácter de empoderamiento; ser portadores de la Palabra los llena de autoridad; ellos han experimentado la proximidad del misterio. Lo podemos ver en Elías: “Entonces Yahveh pasó y hubo un huracán, pero en el huracán no estaba Yahveh, después fuego, pero en el fuego no estaba Yahveh [...]. Después del fuego el susurro de una brisa suave” (1R 19,11-12). Esta última expresión tiene en hebreo grandes connotaciones:

... nos hallamos ante una de las más sublimes expresiones del Antiguo Testamento. Admite muchísimas interpretaciones: si se refiere a Dios, quiere decir una presencia mansa, tranquila, imperceptible. Si se refiere a Elías: es como decir que pierde todo su tumulto, como un vacío extremo, no le queda nada; un nuevo silencio absoluto... además un “vacío de muerte”.¹⁰

Es evidente que los profetas expresan también una vida de lucha, de búsqueda por experimentar a Dios en su camino y para no apartarse de él. Viven una vida en

⁷ “Del vínculo con Dios deriva lo que el profeta dice o hace: Yahvé es como la fuente de todo, de esta relación surge al mismo tiempo la presión interna, la obligatoriedad y la fuerza que impele al profeta en su acción, y la libertad soberana ante personas e instituciones.” (Pongutá, *Por medio de los profetas*, 147).

⁸ Canobbio, *Pequeño diccionario de teología*, 31: la teología catafática “procede afirmativamente en el conocimiento de Dios y de sus atributos, basándose sobre todo en la *analogía entis*”.

⁹ Arnaíz, *Místicos y profetas. Necesarios e inseparables hoy*, 16. Al referirse a la experiencia profética, Arnaíz señala que “son tres las convicciones que se encuentran en los hombres y mujeres de gran experiencia mística: la primera el fundamento de la fe es la certeza de que Dios padre es amor. La segunda cada uno de nosotros es amado de una manera personalizada. La tercera la libertad humana no tiene ninguna otra razón de ser que la de hacernos capaces de responder con nuestro amor somos libres para amar y amamos para ser libres.”

¹⁰ Secondin, *Profetas del Dios vivo. En camino con Elías*, 102. Una relectura de este texto, en Torres Muñoz, “Elías y la montaña. 1R 17, 2R 2,12”, *Servicios Koinonia*, <http://www.servicioskoinonia.org/neobiblicas/articulo.php?num=030> (consultado el 1 de julio de 2015).

un campo de batalla, en una experiencia de fortaleza, de lucha, de aceptación y de acción. Son los casos de Jeremías, Sansón, Samuel, como si fueran predestinados desde el vientre materno. Así lo encontramos en el libro de Jeremías: “Antes de haberte yo formado en el vientre, te conocía; antes de que nacieses, te había consagrado yo profeta; te tenía destinado a las naciones” (Jr 1,5).

También encontramos el misticismo en las mujeres veterotestamentarias, figuras proféticas, portadoras de un mensaje y con un fuerte sentido comunitario. Aquí destacamos a dos de ellas, entre las muchas mujeres que hicieron historia en el Antiguo Testamento. “Débora una profetiza, mujer de Lapidot, era juez en Israel, los israelitas acudían donde ella en búsqueda de justicia...” (Jc 4,4-11). Era una mujer juez que representaba la fuerza y la justicia, el poder y la sabiduría para organizar y hablar en nombre de Yahveh. Ella era la mujer fuerte a quien le pedían que acompañara al ejército en la batalla, porque era ella la que se había solidarizado y la que había hecho valer los derechos del pobre y del indigente.

Judith, la mujer que, con inteligencia y valentía, hizo valer su belleza para seducir al enemigo y derrotarlo: “Realzó su hermosura cuanto pudo, con ánimo de seducir” (Jdt 10,4). Ella, ante situaciones injustas, reivindica los derechos y pide al Dios que ha experimentado en su interior la fuerza para decidir y para mostrar a su pueblo las hazañas del Dios de Israel:

¡Oh Señor, Omnipotente! Atiende en esta hora, a la empresa de mis manos, para exaltación de Jerusalén. Ha llegado el momento de esforzarse por tu heredad y hacer que mis decisiones sean la ruina de mis enemigos que se alzan contra nosotros. (Jdt 13,4-5).

Ella transforma las situaciones injustas en situaciones de esperanza y de reconocimiento de la misericordia de Dios, pues por la mano de una mujer el enemigo fue vencido. Es la mujer que representó un paradigma de liberación, porque la experiencia de Dios en su vida la había liberado de sus miedos y ella había puesto su inteligencia y sabiduría al servicio de su pueblo.

Vemos que hombres y mujeres dan a conocer la experiencia de Dios mediante acontecimientos y acciones que evocan el encuentro con el misterio. Ellos y ellas revelan a un Dios que habla al corazón del ser humano, a su totalidad, en su intimidad, profundidad, inteligencia y libertad:

Abraham, Moisés, Miryam y Débora, pueden llamarse profetas en el sentido amplio, en referencia a que fueron revestidos de un poder sobrenatural,

recibieron comunicaciones divinas, que las hicieron saber al pueblo, y este es el papel del profeta...¹¹

Así, la comunicación profética va mostrando que la revelación tuvo lugar¹², y que ese Dios que ellos experimentaron era un Dios comprometido y empeñado en hacerse humano.

La experiencia mística de los salmistas

En la experiencia de los salmistas se encuentra un marcado dinamismo de gratuidad, de súplica, de esperanza y de amor. Si bien hay salmos de alabanza y de agradecimiento, también los hay de súplica, que manifiestan sentimientos de quejas, reclamos y angustias. Son los salmos que expresan una mística del sufrimiento que acontece en la vida cotidiana. El ser humano que suplica y pide ser reconocido, escuchado y aliviado de sus dolores: “¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado? Estás lejos de mis quejas, de mis gritos y gemidos. Clamo de día y no me respondes, también de noche sin ahorrar palabras” (Sal 22,1-3).

La expresión del salmista evoca la compañía permanente de Dios. El ser humano no está solo, hay una fuerza mayor que lo acompaña, una presencia a la que se le puede pedir que se manifieste y que se revele. El salmista reclama, pero sus reclamos lo llevan al fondo de sí mismo para encontrar allí consuelo y alivio. Esto indica que no se busca a Dios fuera del ser humano. Los reclamos a él son reclamos por nosotros mismos, aprendizajes que se obtienen cuando no hay respuestas externas. La experiencia del salmista enseña que se trata de estar a la espera de la manifestación de Dios, al tiempo que pasa, al aquietamiento de la agitación interior, para descubrir que la presencia de él ha estado desde siempre con nosotros.

Son continuas las expresiones de súplica de los salmistas: “Desde lo hondo a ti grito Yahveh: Señor escucha mi clamor. Estén tus oídos atentos a la voz de mis súplicas” (Sal 130,1-2). Es como si estuviéramos hechos al sufrimiento, pero también a la espera confiada de estar mejor, porque de hecho nadie quiere vivir o permanecer en el sufrimiento:

Aguardo anhelante a Yahveh, espero en su palabra, mi ser aguarda al Señor más que el centinela a la aurora. (Sal 130,5-6).

¹¹ Wood, *Los profetas de Israel*, 126.

¹² Jonas, *Pensar sobre Dios y otros ensayos*, 208. Jonas afirma que la revelación se dio en el Antiguo Testamento porque “poseemos sus mandamientos y leyes y a algunos –sus profetas– se comunicó directamente usándolos como su boca para todos, que habla en la lengua de los seres humanos y del tiempo, es decir, balbuceando por las limitaciones de los medios, pero sin mantenerse en un secreto oscuro”.

Alzo a ti mi voz Yahveh, a mi Dios piedad imploro ¿Qué ganas con mi sangre con que baje a la fosa? ¿Puede el polvo alabarte, anunciar tu verdad? (Sal 30,9-10).

Hasta cuando, Yahveh ¿me olvidarás para siempre? ¿Hasta cuándo me ocultarás tu rostro? ¿Hasta cuándo andaré angustiado, con el corazón en un puño día y noche? (Sal 13,1-3).

La experiencia de los salmistas interroga la vida del creyente, las prácticas religiosas y las expresiones cargadas de súplicas y de peticiones con las que más nos identificamos. Los salmistas revelan la condición del ser humano en una actitud de súplica, dependencia y mendicidad ante la presencia de Dios. Son situaciones de fragilidad e infortunio que todos experimentamos en muchos momentos de nuestra vida, pero que también nos fortalecen y llenan de esperanza, pues “Dios y la naturaleza no consienten que exista algo totalmente malo e insufrible o situaciones aniquiladoras”.¹³

Los salmistas nos permiten reconocer que no todos los seres humanos tienen conciencia de la experiencia de Dios, no todos narran la experiencia de gratuidad, sino la experiencia del infortunio¹⁴, *experiencias dolorosas en las que han tenido que acudir a Dios como la única salida.* Porque todo ser humano se enfrenta en la cotidianidad de la vida a más preguntas que respuestas¹⁵, pero también a más certezas de saberse acompañado y guiado por una fuerza misteriosa.

Los salmistas también nos llevan a evocar una experiencia de alabanza, de alegría, que brotan de un corazón que se siente sosegado, agradecido por la bondad del Señor y por el reconocimiento de una presencia divina: “Yahveh Señor nuestro, qué glorioso es tu nombre en toda la tierra” (Sal 8,1). “Aleluya alabad a Yahveh, todas las naciones, ensalzadlo, pueblos todos, pues sólido es su amor hacia nosotros, la lealtad de Yahveh dura para siempre” (Sal 117, 1-2). En este sentido se enmarca la experiencia de Dios: entre el sufrimiento y la alegría, entre sentir la ausencia de Dios y sentirse lleno de él.

¹³ Meister, *El libro del consuelo divino*, 25.

¹⁴ “Si queremos expresar nuestra indigencia expresémosla, si queremos manifestar nuestra compasión y nuestra preocupación por los que tienen hambre manifestémosla. Si queremos reconocer nuestra necesidad de Dios y de su amparo, reconozcámosla. Si necesitamos quejarnos de la dureza de la vida quejémonos [...], tenemos que aprender a quejarnos quejándonos.” (Torres Queiruga, *Recuperar la creación por una religión humanizadora*, 176).

¹⁵ “Oculta en toda vida se encuentra la incerteza de la duda y de la pregunta personal que más tarde o más temprano debe enfrentarnos cara a cara con el ultimo significado de nuestra vida [...]. Esta pregunta que uno mismo nunca puede hacérsela sin un cierto pavor existencial, un sentido de inseguridad, de pérdida, de exilio, de pecado [...], de infidelidad a su propia verdad interior.” (Merton, *La oración contemplativa*, 44).

Los salmistas son entonces la expresión de una experiencia humana del misterio de Dios mediante un lenguaje poético, en el que se muestra la captación de “algo” que invade y mueve por dentro, eso que es imposible callar:

El espíritu que inspiró los salmos y que alienta en ellos promueve en nosotros una experiencia de fe semejante, con o sin la mediación de los salmos [...]. El mundo creado por la palabra poética no es simplemente un mundo aparente, es el mundo de las imágenes primordiales [...]. El salmo revela al hombre tocado por Dios, a Dios tocando al hombre.¹⁶

La experiencia de Dios revelada por los salmistas y profetas es una experiencia que le puede ocurrir a cualquier ser humano inquieto por Dios. Ellos nos enseñaron que las preguntas, los sufrimientos y las alegrías no son extrañas a Dios ni distintas a él pues, si fueran extrañas, él no las podría satisfacer, ni llenar, ni consolar al hombre, ni poner en sus entrañas y en su boca la alabanza y el gozo, y menos aún la unión y la contemplación cara a cara: “La búsqueda de satisfacción es una característica generalizada de la vida humana, y ninguna satisfacción es suficiente para saciar la sed de querer siempre más...”¹⁷ Así, el ser humano busca respuestas en el misterio, y en él encuentra un camino abierto hacia la contemplación, la alabanza y la gratuidad.

La experiencia mística en el Nuevo Testamento

En el Nuevo Testamento encontramos, en María, la madre de Jesús, el protagonismo de una experiencia mística que posibilitó la revelación de Dios en la historia.

Envió Dios el ángel Gabriel a un pueblo de Galilea, llamado Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David, la virgen se llamaba María. Cuando entró le dijo: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.” Ella se conturbó por estas palabras y se preguntaba qué significaría aquel saludo. El ángel le dijo: “No temas María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en tu seno y dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande, le llamarán Hijo del Altísimo...” (Lc 1,26-29).

María revela la experiencia de un Dios que decide tomar la condición humana a través de su maternidad, y para este propósito tiene en cuenta la libertad y generosidad con la que ella puede responder. María representa al ser humano que, frente al encuentro con Dios, no sabe lo que ocurre, no acierta al hablar, se inquieta, pregunta,

¹⁶ Alonso Schökel, *Treinta salmos: poesía y oración*, 27-29.

¹⁷ Heisig, *Diálogos a una pulgada del suelo. Recuperar las creencias en una época interreligiosa*, 17; 13.

escucha; y luego entiende la razón y se rinde confiada en el Señor.

María nos enseña que la experiencia de encuentro con el misterio ocurre en la cotidianidad de la vida, en el tiempo y en las circunstancias menos esperadas. De ahí que toda experiencia mística es gracia y don de Dios. La apertura de María al misterio posibilitó la manifestación de Dios en la historia, y se constituyó en la fuente de fe y obediencia a Dios. Esto nos lleva a ir más allá de las discusiones sobre la virginidad de María¹⁸, y comprender que el acontecimiento Jesús no es un acontecimiento del tiempo, sino de la eternidad de Dios, como dijera el entonces cardenal Ratzinger.¹⁹

Son varios los momentos en los que los evangelios presentan a María en una relación profunda con el misterio, en el que ella experimenta que ha sido la llena de gracia, y que su caminar en la vida es un caminar confiado bajo la guía del Espíritu Santo. María representa el prototipo de ser humano dispuesto a acoger el misterio en el silencio y la contemplación, para gestar en sus entrañas y dar a luz al Dios hecho hombre. María sabe que Dios habla al corazón del ser humano, y desde allí comprende el misterio que le hace guardar todo en su corazón (Lc 2,19).

Los evangelios también presentan a María en momentos cruciales de la existencia humana, en los que ella se mantiene firme: “Junto a la cruz de Jesús estaban, su madre y la hermana de su madre, María mujer de Clopás, y María Magdalena” (Jn 19,25). Frente a la cruz de Jesús, María revela una experiencia de encuentro con Dios. Es la experiencia de una mujer que soporta el silencio de Dios, que asume el dolor y el sufrimiento de la muerte de su hijo en completo silencio. Ella es la mujer que comunica la comprensión del misterio del proceder de Dios, en el cual descubre que el camino para llegar a él necesariamente pasa por la cruz.

El protagonismo de María, en los inicios de la comunidad cristiana, es notable. Alrededor de ella se reúnen hombres y mujeres para conformar un grupo que ora y hace presente al señor Jesús (Hch 1,14): “una comunidad en la que hombres y mujeres, en las casas, guardan la memoria de Jesús y perseveran con un mismo espíritu, en la oración”.²⁰

¹⁸ Una lectura realizada sobre la figura de María y el mensaje del ángel. Uta citando el *Kirchenlexicon*, presenta en siguiente comentario: “Todo el acento de la fe cristiana recae en el hecho de que María como virgen concibió y parió fecundada mediante el influjo del Espíritu Santo. Todo lo que se enseña y se cree luego sobre la purificación de los pecados y liberación del género humano mediante la sangre de Cristo, como cordero inmaculado, se apoya en este *factum*.” (Heinemann, *No y amén*, 48).

¹⁹ Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, 238.

²⁰ Aguirre (ed.), *Así empezó el cristianismo*, 487.

En la figura de María se reúne el misterio de la encarnación, la divinidad del Verbo, la disponibilidad a la voluntad de Dios, y el sí sin reservas. La experiencia honda de fe de María consiste en el paso del miedo que inmoviliza al ser humano al genuino temor de Dios que nos abre al cumplimiento transparente y fiel de su voluntad (Lc 1,26-38). Ella encarna la sabiduría que es el conocimiento de la voluntad del Señor, es decir, el conocimiento amoroso del actuar de Dios en la historia de cada ser humano.

Otras mujeres neotestamentarias revelan la experiencia de Dios por medio de la fortaleza, la sabiduría y la obediencia a la voluntad divina. Ellas viven la experiencia de la resurrección y descubren que Jesús no está en el lugar de los muertos. María Magdalena, María, la de Santiago, y Juana (Lc 24,1-11) van al sepulcro, y allí se da una experiencia de encuentro con Jesús que las convierte en mensajeras de la resurrección.

Como toda experiencia del Resucitado, exige ser comunicada, y las mujeres, en este texto del Evangelio de Juan, son el mejor medio para hablar de Jesús desde una perspectiva que va más allá de su humanidad, desde la presencia que se queda en los seres humanos, llenando de vida, esperanza y fortaleza.

Las mujeres se empoderaron e hicieron presencia en el Templo: Ana de Fanuel (Lc 2,36-38), símbolo de consagración, dedicación y contemplación; es la mujer de la alabanza femenina que, en el silencio de su vida, se ha entregado a Dios: “Ana, cuyo nombre es una proclamación de la belleza divina, ha convertido el Templo en su patria y en su casa. En el Templo sirve a Dios y en el templo profetiza.”²¹ Está también la mujer de fe, que durante muchos años padeció de flujo de sangre y había gastado sus bienes en médicos para curarse (Mc 5,25). O la mujer que ejerce la función de diaconisa, Febe (Rm 16,1-2), quien además de servir en su oficio, cuidaba y protegía a quienes anunciaban al señor Jesús; junto con Priscila (Hch 18,1-3) arriesgó su vida en la difusión del mensaje de Jesús.

De esta manera, el Nuevo Testamento da razón de mujeres maestras y predicadoras con reconocimiento en sus comunidades²², mujeres que no tenían temor de comunicar su experiencia, hablaban y actuaban con libertad.

La experiencia mística de Jesús de Nazaret

Los escritos neotestamentarios presentan la vida de Jesús de Nazaret, un hombre que revela a un Dios padre de una manera sorprendente; un hombre que se convierte en

²¹ Aparicio Rodríguez, *Galería bíblica de ancianos*, 173.

²² Schüssler Fiorenza, *Pero ella dijo*, 214-215. La autora hace una invitación a recuperar el liderazgo de las mujeres en la Biblia, a partir de una nueva hermenéutica hecha por mujeres que sacan a la luz aspectos jamás tenidos en cuenta por la interpretación teológica patriarcal.

el paradigma central del Nuevo Testamento. Los evangelios lo presentan en una doble dimensión: humana y divina. Jesús es el ser humano con una honda experiencia del Padre, lo conoce y lo revela. Junto con el Padre envía al Espíritu Santo, quien posibilita la comprensión del misterio de Cristo en una dimensión trinitaria, por el Espíritu en Cristo se camina al Padre.

El contenido de los evangelios es la experiencia mística de Jesús, quien ya no habla como los profetas, a quienes la *Palabra les fue dirigida*, sino que se expresa de manera diferente: *yo les digo, yo soy la palabra, el camino, la verdad y la vida*. Estas expresiones de Jesús se derivan de una unión plena con Dios, su padre. Los evangelios ubican el punto de partida de la experiencia mística de Jesús en su bautismo:

Por aquel entonces vino Jesús desde Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán. En cuanto salió del agua, vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu, en forma de paloma, bajaba sobre él. Entonces se oyó una voz que venía de los cielos: “Tú eres mi Hijo amado; en ti me complazco.” A continuación, el Espíritu lo empujó al desierto, y permaneció allí cuarenta días, siendo tentado por Satanás. Estaba entre los animales del campo y los ángeles le servían. (Mc 1,9-13).

A partir de esta experiencia teofánica se configura el primer relato conocido sobre Jesús que es el Evangelio de Marcos: “...la interpretación que se esconde detrás de cada uno de los actos mesiánicos indica que en el pensamiento dinámico se encierra el interés por una conexión. Este conduciría hasta el ser.”²³ La revelación mística se da públicamente y se reconoce mediante un testimonio: “Y Juan dio testimonio diciendo: ‘He visto al Espíritu que bajaba como una paloma del cielo y se quedaba sobre él.’” (Jn 1,32).

De esta manera, Jesús se presenta con una experiencia mística profunda, que lo liga íntimamente al Padre. Se siente Hijo, con la responsabilidad de comunicar lo que descansa muy dentro de él: la experiencia de ser uno con el Padre. El bautismo es un hecho que presenta una visión del misterio:

Cuando en medio del silencio del desierto se acallan de noche los gritos del Bautista y no se oye el rumor de la confesión de los pecados de quienes se sumergen en el Jordán, Jesús escucha la voz de Dios, que lo llama a una misión nueva.²⁴

²³ Gnlika, *El Evangelio según San Marcos. Mc 1—8,26*, I, 64.

²⁴ Pagola, *Jesús: aproximación histórica*, 76.

Es la experiencia de Jesús que lo une al Padre, y lo lleva a proclamar:

El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor. (Lc 4,18-19).

Es el reconocimiento de que, con Jesús, comienzan las cosas a ser diferentes, porque inaugura una manera nueva de hablar del Padre-Dios, otra forma de relacionarse con el ser humano y de enseñar. Si en el Antiguo Testamento nos hablan de un encuentro con Dios, Jesús nos habla de la unión con él.

Un aspecto fundamental que atraviesa toda la vida de Jesús es la experiencia de oración en la vida cotidiana. Como él mismo lo dice, dicha experiencia es alimento que llena de vitalidad para poder darse a los demás. En este sentido, la oración de Jesús se manifiesta en tranquilidad y bondad para poder decir: “Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os proporcionaré descanso” (Mt 11,28). Jesús revela que la fuerza, la decisión, el anuncio y el reposo tienen en la base momentos fuertes de oración.

En la Filocalia²⁵ y en los relatos del peregrino ruso²⁶ Jesús mismo es el paradigma que bebe en su propio pozo de la oración; por ello, la invocación del nombre de Jesús para el cristiano debe ser permanente, aquietando los sentidos y buscando momentos de soledad y de reposo. Podemos decir que una vida de oración lleva a entender lo que es la voluntad de Dios:

La oración de Jesús es la manifestación más plena de su humanidad y de su divinidad; es en la oración, tal como nos la presentan los evangelios, donde se revela la fragilidad y la fuerza, la pobreza y la riqueza, la pequeñez y la grandeza de Jesús.²⁷

La experiencia mística de Jesús se constituye a partir de la relación *Palabra de Dios, escucha, oración y acción profética*, fruto de esta relación es la práctica de la misericordia y de la caridad. “Jesús resucitado se presenta como la clave hermenéutica para comprender las Escrituras y hacer de ellas el principal método de oración.”²⁸ Son muchos los textos que insisten en la oración y la contemplación:

²⁵ Filocalia, *De la oración de Jesús*, 36.

²⁶ Izquierdo (trad.), *Relatos de un peregrino ruso*, 46.

²⁷ Rodríguez, *La oración de Jesús en los evangelios*, 46.

²⁸ Borriello, Caruana, Del Genio y Suffi, *Diccionario de mística*, 1332.

Orad constantemente. (1Ts 5,17).

Les propuso una parábola para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer. (Lc 18,1).

Manteneos siempre en la oración y la súplica, orando en toda ocasión por medio del Espíritu Santo. (Ef 6,18).

Estad en vela, pues, orando en todo tiempo, para que tengáis fuerzas. (Lc 21,36).

Ante todo recomiendo que se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acción de gracias por todos los hombres. (1Tm 2,1).

Insiste en la presencia del Espíritu Santo:

De igual manera el Espíritu viene también en ayuda de nuestras flaquezas. Como nosotros no sabemos pedir como conviene, el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indescriptibles. (Rm 8,26).

El Espíritu que nos llevará a la verdad completa. (Jn 16, 3).

Donde está el Espíritu del Señor allí está la libertad. (2Co 3,17).

Jesús nos da a conocer que la relación con Dios se da en términos de filiación y de amistad: “La amistad es la estructura misma de la economía salvífica y de la existencia teologal histórica y escatológica.”²⁹ Esta relación permite la comprensión del carácter inefable que posee su experiencia de relación con el Padre. Es el hablar que nace de entender, y “es la fuerza de la experiencia mística a través de la oración que lleva a entender verdades y a tener sensibilidad eclesial, y a proclamar el señorío de Dios”.³⁰

Con su vida, Jesús fue mostrando que Dios habla en la historia con palabras humanas, con palabras que pueden ser entendidas. “Por Jesús se interpreta qué y quién es el Hijo de Dios.”³¹ Por tanto, presentar a Jesús con una experiencia mística significa relacionarlo en continuidad con los profetas de Israel que expusieron la Palabra de Dios que les fue dirigida.

En este sentido, Jesús no habla de la Palabra que le fue dirigida, sino que él es la Palabra que revela al Padre: “Y la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros” (Jn 1,14). Jesús habló de su experiencia con Dios en términos de amistad, de filiación, de un profundo conocimiento de él, de súplica, de oración y de contemplación.

²⁹ De Guidi, “Amistad”, 63.

³⁰ Santa Teresa de Jesús, *El libro de la vida*, 367.

³¹ Kasper, *Jesús el Cristo*, 282.

Solo una experiencia mística capacita al ser humano para presentarse públicamente a anunciar la Palabra encarnada, como lo hizo el señor Jesús de una “forma extraordinariamente sencilla en que la profecía y la mística forman un todo inseparable en la vida y en su espiritualidad”.³² Hay un momento cumbre que da a conocer la experiencia mística de Jesús en un estado de *transfiguración*:

Tomó Jesús consigo a Pedro, Santiago y Juan y los llevó a ellos solos aparte, a un monte alto. Y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, tanto que ningún batanero en la tierra sería capaz de blanquearlos de ese modo. Se le aparecieron Elías y Moisés que conversaban con Jesús. (Mc, 9,2-4).

Esta es una visión mística extraordinaria, que rompe con los acontecimientos cotidianos. Es Jesús quien revela al nuevo hombre, da sentido y cumplimiento a las escrituras, muestra la continuidad con los profetas, la plenitud de las profecías, el señorío de ser el Hijo de Dios, el que confirma las complacencias del Padre, el que es la palabra (*logos*), el profeta. Si en el bautismo encontramos a Jesús como el Hijo de Dios, en la transfiguración seguimos viendo su divinidad y se confirma la autoridad que viene del Padre. En la transfiguración, Jesús inicia a los discípulos en un contacto con lo divino, en el encuentro con quien está sentado a la diestra de Dios padre y con el que está sentado en el trono.

En la experiencia mística, Jesús revela la unión de su humanidad con la divinidad. Muestra que la máxima experiencia mística que puede suceder en la historia sucede en él, por cuanto la divinidad del Verbo se une con su humanidad. Por tanto, su experiencia fundante es la de ser Hijo de Dios, de sentirse habitado por él, ser uno con él: “Yo y el Padre somos uno” (Jn 10,30).

Jesús conoce el modo de proceder de Dios y enseña una relación de pertenencia y unidad. En este sentido, la unidad inseparable entre el hombre y Dios se da primero en la persona de Jesús y luego en el género humano por el Espíritu Santo que nos incorpora a Jesucristo.

La experiencia de filiación con su Padre hace que todos seamos hermanos e hijos en Jesús, quien presenta una relación de amor que es creíble para el género humano: “Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios” (1Jn 4,7). Esta relación de fe y de oración manifiesta su condición humana, frágil, necesitada, pero revela su condición divina de ser uno con su Padre, que ha reconciliado al mundo: “Dios estaba reconciliando al mundo consigo por medio de Cristo, no tomando en cuenta las

³² Nolan, *Jesús hoy. Una espiritualidad de libertad radical*, 107.

trasgresiones de los hombres; al tiempo que nos confiaba la palabra de la reconciliación” (2Co 5,19). Esto es lo que González Faus llama “la experiencia cristiana original: la vivencia de haber conocido a Dios, conocimiento de Dios en la historia ambigua y fracasada, provocativa y contagiosa de aquel hombre de nuestra tierra...”³³

Como hemos venido insistiendo, el bautismo, la transfiguración, el encuentro con la samaritana, el diálogo con Martha y María, las apariciones y la ascensión, son momentos que revelan la experiencia mística de Jesús, en la cual él es la epifanía de Dios en la historia y el punto de referencia para todo el que quiera dejarse hacer por Dios. Asimismo, Jesús revela que la experiencia del Padre es una experiencia de obediencia y de *kénosis*, que implica la decisión inmediata de poner la confianza solo en el Padre: “Que no se haga mi voluntad si no la tuya” (Lc 22,42): una decisión de dar la vida en medio de la soledad y la angustia.³⁴

Es necesario destacar que, para comunicar su experiencia de Dios, Jesús ejerce una *acción mistagógica*³⁵, entendida esta como el arte de conducir y de guiar a las personas hacia un aprendizaje. Así, transmitió a los hombres y a las mujeres su palabra y suscitó en sus mentes y en sus corazones una decisión de adhesión y seguimiento a él. Produjo en sus oyentes un conocimiento interno que los llevó, más allá de un ejercicio puramente intelectual, a descubrir las implicaciones del aprendizaje en la vida cotidiana, para actuar con compromiso en la generación de nuevas estructuras basadas en la justicia y la misericordia.

Su experiencia es comunicada mediante enseñanzas, en las que revela una profunda reflexión que lo convierte en autoridad: “Entró el Sábado en la Sinagoga y se puso a enseñar. La gente quedaba asombrada de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas” (Mc 1,22-23). Así, su enseñanza comienza a ser diferente, por el conocimiento que tenía y los recursos a los que acudía.³⁶ Era un observador agudo del género humano y de la naturaleza, porque “no

³³ González Faus, *Acceso a Jesús*, 143.

³⁴ “En el Gólgota [...], en el aislamiento del Hijo en su angustia se hace entonces realmente extremo, más extremo incluso que toda otra soledad humana vivida aun en comunión con Dios. Jesús ha sufrido y ha muerto en soledad. Pero los discípulos sufren y mueren en comunión con él.” (Falque, *Pasar Getsemaní. Angustia, sufrimiento y muerte, lectura existencial fenomenológica*, 107).

³⁵ Canobbio, *Pequeño diccionario de teología*, 197. “La mistagogía es el cuarto y último momento del itinerario iniciático; es el tiempo de los sacramentos recibidos y de los vínculos cada vez más estrechos con la comunidad de los fieles.”

³⁶ Grenier, *Jesús maestro*, 35-40. Grenier describe la enseñanza de Jesús: “...un epigrama inolvidable: el género de frase que se aloja en la mente y permanece allí negándose a ser olvidada. Un pensamiento provocando paradoja: hace que la gente se vaya preguntando si pudo ser verdad o no. Una hipérbole vivida: una declaración reforzada para atraer al oyente o para enfatizar un punto.”

necesitaba que alguien le dijera como son las personas, pues él conocía lo que hay en el ser humano” (Jn 2,25).

De esta manera, Jesús enseña la lógica de percibir la vida, de conocer y de conocerse, de reflexionar y de entender la fuente de su existencia con el misterio de Dios. Su doctrina no se fundamenta en explicaciones de textos sagrados, sino que “lee la voluntad de Dios también fuera de las escrituras, en la creación, en la historia y en la situación concreta”.³⁷

La experiencia mística de Pablo de Tarso

La experiencia mística de la revelación cristiana la encontramos en San Pablo, en su encuentro con Jesús camino a Damasco.³⁸ Pablo pone de relieve, en su experiencia, el haberse encontrado personalmente con Jesús. Su encuentro le dio autoridad para decir que habló con él y se hizo amigo de él. Toda experiencia de encuentro con Dios se traduce en un diálogo: así lo encontramos en el camino a Damasco.

Pablo habla de un diálogo corto, que se da en un momento, en el que bastaron solo unas palabras para saber cuál era su misión y cómo debía cambiar radicalmente su vida y proclamar a Jesús resucitado. Pablo, según los Hechos de los Apóstoles es un hombre lleno de visiones³⁹, en las cuales ve una luz cegadora y oye a Cristo, quien le habla. En otra ocasión es transportado al tercer cielo y ve cosas inexplicables (2Co 12,1-12).

Los Hechos de los Apóstoles presentan la experiencia de encuentro entre Pablo y Jesús de la siguiente manera:

Pero yendo de camino cuando estaba cerca de Damasco, lo envolvió de pronto una luz venida del cielo, cayó en tierra y oyó una voz que le decía: “Saúl Saúl, ¿por qué me persigues?” Él preguntó: “¿Quién eres, Señor?” Y él: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate entra en la ciudad y te dirán lo que debes hacer.” (Hch 9,3-6).

³⁷ Boff, *Jesucristo el liberador. Ensayo de cristología crítica para nuestro tiempo*, 97.

³⁸ De Genera y Salzer, *Literatura mística. San Pablo místico*: 132. Estos autores, al hablar de la experiencia de Damasco, la describen como el fulgor de la gloria divina de la que está irradiado Cristo resucitado. El vidente fulminado por este esplendor y derribado por un poder sobrenatural cae desvanecido a tierra, incapaz de darse cuenta y, por razón de este misterioso acaecimiento, trastornado en el alma, más que si uno se hallara físicamente aterrorizado calla. Una voz desconocida lo sacude: Saulo, Saulo ¿por qué me persigues? Duro es para ti recalcitrar contra el agujijón. (Ibid., 139).

³⁹ Huxley y Warren White, *La experiencia mística*, 35. Estos autores describen la experiencia mística de Pablo a partir de la conversión. Lo presentan como un hombre que durante su vida tuvo muchas visiones y que durante sus viajes misioneros oía voces.

Pablo descubre que la luz es Dios, y que precisamente esa luz es el mismo Dios que revela Jesús; y que el camino que sigue lo lleva, no a donde él quería, sino al camino que ha sido presentado y transitado por Jesús. De esta manera, pasa del engeguecedor fanatismo religioso al encuentro con el Resucitado, a una auténtica experiencia religiosa.

La experiencia de Pablo camino a Damasco se narra en el mismo libro en tres ocasiones: Hch 9,3-9; Hch 22,6-11; y Hch 26,11-15. Es una experiencia que está detrás de la argumentación y que no se deja encasillar por la explicación racional. Es el cambio de mentalidad de Pablo mediante la identificación con Cristo y la apertura al Espíritu Santo. Pablo asume que, en la visión, él se encuentra personalmente con Jesús y frente a él se reconoce como el último apóstol:

En realidad, soy el último de los apóstoles, indigno incluso de tal nombre, pues llegué a perseguir a la Iglesia de Dios. Más por gracia de Dios, soy lo que soy; y la gracia de Dios no ha sido estéril en mi caso. Antes bien, he trabajado más que todos ellos; aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios, que me acompaña. (1Co 15,9-10).

Ahora bien, los textos que describen el misticismo de Pablo y los sucesos camino a Damasco permiten caracterizar su experiencia. En el encuentro hay una iluminación: “lo envolvió de pronto una luz venida del cielo” (Hch 22,6), iluminación que remite a una posesión de un poder espiritual inexplicable, a partir de lo cual ve la vida de manera diferente. Tal como lo narra el texto, hay un paso de la oscuridad a la luz y de la ceguera a la visión.

Hay una cierta serenidad y certeza que lleva a realizar un cambio de vida al cual no se puede resistir: “Te va a resultar duro dar coces contra el aguijón” (Hch 26,14). La experiencia de Pablo revela que, en el encuentro con Jesús, desaparece la duda, el odio, el fanatismo y la violencia. Es una experiencia que lo empodera y lo lanza hacia un compromiso mayor de compartir sus vivencias y de querer que los otros también la vivan; es la no lucha contra una fuerza siempre mayor.

Hay una actitud de humildad, de sentirse criatura, de hallarse vacío sin las seguridades en las que se había afincado la felicidad: “¿Qué he de hacer Señor?” (Hch 22,10). Hay un éxtasis que produce una sensación muy real de la presencia de lo divino: “De vuelta a Jerusalén y mientras rezaba en el Templo, caí en éxtasis; entonces lo vi y oí que me decía: date prisa y marcha inmediatamente” (Hch 22,17). Aquí se da el paso de creer a conocer, y Pablo llega al conocimiento pleno de Dios, algo que está más allá de lo que vivió siempre, algo distinto y abrumador.

Hay un compromiso real y efectivo. De perseguidor de Jesús, Pablo se transformó en el Pablo que anuncia a Jesús, y sostiene que todo lo recibido es por iniciativa

de él, que lo hace siervo y apóstol.⁴⁰ Hay empoderamiento y autoridad para prestar un servicio: “Me he aparecido a ti para constituirte servidor y testigo, tanto de las cosas que de mi has visto como de las que te manifestaré” (Hch 26,16). Esta es una experiencia que se sigue manifestando como fuente que no se agota. Es la lógica de la revelación que se sigue dando en la historia y en la cotidianidad de la vida.

Hay un testimonio de lo que ha visto, experimentado y contemplado personalmente. A partir de ese momento, la orientación de la vida es clara. Pablo sabe que tiene que obedecer: “No fui desobediente a la visión celestial, pues he predicado a todos que se conviertan y vuelvan a Dios haciendo obras dignas de un convertido” (Hch 22,19). Entiende que su labor es dar a conocer a Jesucristo resucitado a todas las personas para que vivan conforme a Cristo y como Pablo vive. Su pasión por anunciar a Jesús resucitado lo lleva a escenarios que precisamente no son los más proclives al mensaje: “Agripa contestó a Pablo: por poco me convences para hacer de mi un cristiano” (Hch 26,28).

El Apóstol comprende la manera como Jesucristo rompe con la lógica humana a la que estamos acostumbrados y hace notar que el encuentro con él deja a la persona atónita, incapaz de conocerse a sí misma; pero es un encuentro que transforma la vida y exterioriza al ser humano, uno que lo lleva a presentarse ante los demás como un ser distinto, como alguien que está rehecho por dentro.

En la experiencia de Pablo se ve la lógica de *oír* y de *ver*, lo mismo que de *hacer*, y de *hablar* (anunciar o comunicar). Es la escucha a la Palabra de Dios y la atención a algo que hay que hacer y comunicar. Pablo tiene la experiencia de un encuentro insospechado que necesariamente le cambia la vida, y se entra en una de búsqueda de la verdad, en la que él mismo pone medios para transitar un camino de seguimiento a Cristo:

Pero lo que antes consideré ganancia, lo tengo ahora por pérdida a causa de Cristo. Más aún juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús mi señor. Por él perdí todas las cosas, incluso las tengo por basura para ganar a Cristo y encontrarme arraigado en él. (Flp 3,7-9).

Todo es lícito, pero no todo conviene, todo es lícito pero no todo ayuda a construir la comunidad. (1Co 10,23).

De esta manera, Pablo es un hombre que asume un cambio de vida permanente, acompañado de renunciaciones personales, y con una clara intención de construir y salvaguardar la comunidad.

⁴⁰ Basev, *Introducción a los escritos de San Pablo. Su vida y su teología*, 47.

Posterior a toda experiencia de Dios, deviene una enseñanza⁴¹: “Ámense como hermanos los unos a los otros, dándose preferencia y respetándose mutuamente” (Rm 12,10). Esta es una clara invitación a asumir las relaciones humanas bajo estructuras de respeto y valoración hacia el otro que es nuestro hermano, ya que para él hay que eliminar la enemistad, el conflicto y sus causas: “Porque él es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro divisorio, la enemistad” (Ef 2,14).

En Ef 2,11-22, Cristo creó una humanidad nueva dando muerte o suprimiendo la enemistad, reconciliando al ser humano. Esto significa que el cristiano debe emprender un camino hacia la reconciliación, hacia la creación pacífica de una nueva humanidad en la que necesariamente se tendrá que trabajar por la desaparición o eliminación de las causas que producen el conflicto, las rivalidades, la pobreza, los deseos de venganza y de muerte.

Pablo supo tener una disposición humana hacia una fuerza misteriosa que no, necesariamente, depende de nosotros, sino que fue un golpe o un poder que lo transformó. “La aparición gloriosa en el camino de Damasco es la última teofanía, y al mismo tiempo es una parusía anticipada. Cristo se presenta a Pablo en la majestad gloriosa con que se presentará según las escrituras, en el día de su retorno.”⁴²

Así, impregnado por la presencia de Jesús en su vida, Pablo asume un camino de enseñanza para las comunidades a las cuales se dirige. Se destaca su género literario apodíctico y su carácter de exhortación propio de un hombre culto, de un maestro que sabe qué enseñar y cómo enseñar: “Predicaba el Reino de Dios y enseñaba lo referente al Señor Jesucristo, con toda valentía, sin estorbo alguno” (Hch 28,31).

La experiencia mística que revela es la certeza de “tener la verdad de su existencia en Cristo, de haber muerto y resucitado con Cristo, de vivir en la expectativa de Cristo que ha de venir escatológicamente, de encontrarse místicamente con él en el sacramento”.⁴³ Es la experiencia de haber comprendido la existencia caduca, y pasar a la nueva y auténtica existencia en Cristo. Pablo no solo vive tal experiencia en su interior, sino en todas las cosas y en la vida diaria. Con ello, revela que su experiencia

⁴¹ Barbaglio, *Pablo de Tarso y los orígenes cristianos*, 209. Este autor hace algunas alusiones claras a la enseñanza de Pablo que están presentes en las secciones exhortativas de Carta a los Tesalonicenses y de la Epístola de los Romanos. “Vivid en paz entre vosotros” (1Ts 5,13b; ver Mc 9,50). “Evitad que nadie devuelva mal por mal” (1Ts 5,15; ver Mt 5,38). “No devolváis a nadie mal por mal” (Rm 12,17; ver Lc 6,27). “Dad a cada uno lo debido: a quien impuesto, impuesto, a quien contribución, contribución” (Rm 13,7; ver Mc 12,17). “El amor al prójimo como síntesis de todos los mandamientos” (Rm 13,9; ver Mc 12,28). «Exhortación a no crear escándalos al hermano» (Rm 12,13; ver Mc 9,42).

⁴² De Genera y Salzer, *Literatura mística*, 137.

⁴³ Von Baltasar, *Ensayos teológicos* 2, 60.

consistió en penetrar secuencial y progresivamente en la inescrutable y misteriosa riqueza que hay en Cristo.

En Pablo y en la persona del cristiano se conjugan dos movimientos, uno descendente y otro ascendente. Día tras día bajamos un peldaño hacia la muerte. También diariamente nos es dado vivir abiertos a la trascendencia, con la mirada interior puesta en la fe y en la esperanza.⁴⁴

Conclusiones

La experiencia mística de los protagonistas de la Biblia es el punto de referencia con el cual sabemos que el encuentro con Dios es “*cognitio Dei experimentalis*, conocimiento experiencial de Dios, aunque dicha experiencia supera fundamentalmente toda posibilidad humana de hablar de ella”.⁴⁵

Aun cuando en muchas ocasiones, los personajes de la Biblia se encuentran con la infabilidad del misterio, también tienen la firme certeza de que el ser humano puede conocer y amar a Dios, pues la vida del ser humano está marcada por el *drama del amor*. Y la Biblia lo revela en el sentido de que es Dios mismo quien suscita en cada ser humano una pasión irrefrenable hacia un encuentro con él.

De esta manera, “la mística es una experiencia trascendental e intensa, una percepción especial de la situación humana, en la que el ser humano puede experimentar de manera especial lo que lo sostiene y lo determina”.⁴⁶

La acción mística que encontramos en los dos testamentos habla de un Dios que transforma la vida de las personas; un Dios que ha creado al ser humano con un corazón que tiende hacia él. Este es un corazón inquieto, que se deja tocar por el misterio y que busca renovarse cada día desde el amor y la misericordia de Dios.

Así, los protagonistas de la Biblia hablan de su experiencia como una relación que establece Dios con el ser humano de *afecto y amistad*, de conocimiento profundo y de permeabilidad afectiva que permite que lo humano toque lo divino. Esta amistad se da en el plano humano y en el divino, en la relación con los demás y en la relación con Dios. En uno y en otro se trata de una amistad marcada por la verdad, el respeto y la libertad.

La Biblia, en cada uno de sus libros, muestra que la experiencia de Dios se encuentra en la base de la historia de la salvación. Dicha experiencia revela una

⁴⁴ Aparicio Rodríguez, *Galería bíblica de ancianos*, 196.

⁴⁵ Von Balthasar, Alois, y Werner, *Mística, cuestiones fundamentales*, 79.

⁴⁶ García, *Mística en diálogo*, 56.

comprensión de la presencia dinámica y misericordiosa del Creador, que mueve al ser humano a descubrir el misterio amoroso en la cotidianidad de la vida, y a hacer de la conciencia histórica el fundamento de la comprensión de cualquier mensaje.

Caracteriza la experiencia mística el hecho de que quien la comunica se ha sentido encontrado, tocado y habitado por una presencia que está dentro, en su interior; como ser humano. Esta presencia le permite comprender que la existencia tiene sentido pleno, gracias al cual el mundo deja de ser absurdo y se convierte en llamado a la plenitud del ser, pues solo un mundo infinito en sus dimensiones puede hacer vibrar en nosotros las ansias de infinitud.

Esto, para los hombres y las mujeres creyentes, significa que nos reconocemos finitos, pero que aspiramos a la infinitud, no abstracta sino concreta, y que encontramos en la experiencia, en la fe y en la contemplación un punto de partida para descubrirnos a nosotros mismos y para situarnos en el universo.

Bibliografía

- Aguirre, Rafael (ed). *Así empezó el cristianismo*. Estella (Navarra): Verbo Divino, 2011.
- Alonso Schökel, Luis. *Treinta salmos: poesía y oración*. Madrid: Cristiandad, 1981.
- Aparicio Rodríguez, Ángel. *Galería bíblica de ancianos*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2013.
- Arnaiz, José María. *Místicos y profetas. Necesarios e inseparables hoy*. Madrid: PPC, 2004.
- Barbaglio, Giuseppe. *Pablo de Tarso y los orígenes cristianos*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1992.
- Basev, Claudio. *Introducción a los escritos de San Pablo. Su vida y su teología*. Madrid: Palabra, 2013.
- Boff, Leonardo. *Jesucristo el liberador. Ensayo de cristología crítica para nuestro tiempo*. Santander: Sal Terrae, 2001.
- Borriello, L.; E. Caruana; M.R. Del Genio; y N. Suffi. *Diccionario de mística*. Madrid: San Pablo, 2002.
- Canobbio, Giacomo. *Pequeño diccionario de teología*. Salamanca: Sígueme, 1992.
- De Genera, Giuseppe y Elisabetta Salzer. *Literatura mística. San Pablo místico*. Burgos: Monte Carmelo, 2001.
- De Guidi, S. "Amistad." En *Nuevo diccionario de teología moral*, por F. Compagnoni, G. Piana, M. Vidal, S. Privitera, 63. Madrid: Ediciones Paulinas, 1992.

- Falque, Emmanuel. *Pasar Getsemaní. Angustia, sufrimiento y muerte, lectura existencial fenomenológica*. Salamanca: Sígueme, 2013.
- Filocalia. *De la oración de Jesús*. Buenos Aires: Lumen, 1979.
- García, Ciro. *Mística en diálogo. Congreso Internacional de Mística*. Burgos: Monte Carmelo, 2004.
- Gnilka, Joachim. *El Evangelio según San Marcos*. 1—8,26. Vol. I. Salamanca: Sígueme, 1986.
- González Faus, José Ignacio. *Acceso a Jesús*. Salamanca: Sígueme, 1983.
- Grenier, Brian. *Jesús maestro*. Madrid. San Pablo, 1996.
- Heinemann, Uta Ranke. *No y amén*. Madrid: Trotta, 1998.
- Heisig, James W. *Diálogos a una pulgada del suelo. Recuperar las creencias en una época interreligiosa*. Barcelona: Herder, 2005.
- Huxley, Aldous y John Warren White. *La experiencia mística*. Barcelona: Kairós, 2005.
- Izquierdo, Victoria (trad.). *Relatos de un peregrino ruso*. Introducción y notas de Sebastià Janeras. Madrid: Alianza, 2010.
- Jonas, Hans. *Pensar sobre Dios y otros ensayos*. Traducción del alemán al castellano por Ángela Ackermann. Barcelona: Herder, 1998.
- Kasper, Walter. *Jesús el Cristo*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1982.
- Meister, Eckhart. *El libro del consuelo divino*. Traducción del alemán y prólogo de Alfonso Castaño Pinan. Buenos Aires: Aguilar Argentina S.A, 1973.
- Merton, Thomas. *La oración contemplativa*. Madrid: PPC, 1998.
- Metz, Juan Bautista. *El clamor de la tierra*. Estella (Navarra): Verbo Divino, 1996.
- Neher, André. *La esencia del profetismo*. Salamanca: Sígueme, 1975.
- Nolan, Albert. *Jesús hoy. Una espiritualidad de libertad radical*. Santander: Sal Terrae, 2007.
- Pagola, José Antonio. *Jesús: aproximación histórica*. Madrid: PPC, 2007.
- Pongutá, Silvestre. *Por medio de los profetas*. Bogotá: Ediciones Salesianas, 2008.
- Ratzinger, Joseph. *Introducción al cristianismo*. Salamanca: Sígueme, 1982.
- Rodríguez, Hermann. “La oración de Jesús en los evangelios.” *Apuntes ignacianos. La vida en el Espíritu en un mundo diverso* 36 (2002).

- Santa Teresa de Jesús. *El libro de la vida*. Madrid: Edimat, 2002.
- Secondin, Bruno. *Profetas del Dios vivo. En camino con Elías. Ejercicios espirituales con el papa Francisco*. Madrid: Claret Publishing Group, 2015.
- Sicre, José Luis. *Introducción al Antiguo Testamento*. Estella (Navarra): Verbo Divino, 2000.
- Schüssler Fiorenza, Elisabeth. *Pero ella dijo*. Madrid: Trotta, 1996.
- Torres Muñoz, José Santos. "Elías y la montaña. 1R 17, 2R 2,12." *Servicios Koinonia*, <http://www.servicioskoinonia.org/neobiblicas/articulo.php?num=030> (consultado el 1 de julio de 2015).
- _____. "La 'alianza' como elemento articulador de la propuesta ética de la religión del antiguo Israel." *Franciscanum. Revista de las ciencias del espíritu* 145 (2007): 43-63.
- Torres Queiruga, Andrés. *Recuperar la creación por una religión humanizadora*. Madrid: Sal Terrae, 1997.
- Von Balthasar, Hans Urs. *Ensayos teológicos*. Vol. 2. Madrid: Encuentro, 2001.
- Von Balthasar, Hans Urs; María Haas Alois y Bierwaltes Werner. *Mística, cuestiones fundamentales*. Buenos Aires. Ediciones Ágape, 2008.
- Von Rad, Gerhard. *Teología del Antiguo Testamento*. Vol. I. *Las tradiciones históricas de Israel* (9a. ed.). Salamanca: Ediciones Sígueme, 2009.
- Wood, León J. *Los profetas de Israel*. Grand Rapids (MI), Outreach Inc., 1996.